

La “verdadera” historia de San Leonardo

San Leonardo es el nombre de una Iglesia, más bien de lo que queda de ella, que se encuentra en el término municipal de Hinojosa de Duero, muy cerca de la raya de este pueblo, con Bermellar. Si vamos por la carretera de La Molinera, dirección Saucelle - Lumbrales, una vez pasados el puente de La Molinera y el Cachón del Camaces, ya casi en terreno llano, cuando aún no nos hemos recuperado de la impresión de los "desfayaderos" que El Huebra y El Camaces han labrado en la tierra, en su discurrir hacia El Duero, ya muy próximo; a la vuelta de una curva, inesperadamente, en la margen izquierda de la carretera, podemos ver una espadaña en la mitad del campo. Es San Leonardo.

Se trata de un despoblado en el que solamente se encuentra la torre de una iglesia. No existen restos del pueblo que allí hubo, según parece, hasta el siglo XVIII.

Existen varias versiones respecto a la desaparición del pueblo. Unos dicen que la peste hizo estragos en el pueblo, murieron casi todos sus habitantes, y desapareció. Los de Hinojosa se quedaron con el término y los de Bermellar se quedaron con las campanas. Así me lo contó alguien de Hinojosa.

Por otra parte, algunos historiadores afirman que el pueblo desapareció como consecuencia de la Guerra de la Independencia, contra los franceses. Sus últimos habitantes se fueron a vivir a Hinojosa, ya que era un anejo de este pueblo, y desde entonces está así.

Existe una tercera versión, menos conocida, que es la que contaré, tal como a mí me llegó.

Antes de nada, por si alguien no conoce San Leonardo, vamos a situarlo: Se trata de un paraje, perteneciente a Hinojosa, en la parte Este de su término, que linda con la parte Oeste del término de Bermellar.

Todo comenzó en Bermellar. Una primavera, hace años, hubo en el pueblo una plaga de ratas. Éstas ocupaban todos los lados: casas, graneros, cuadras, corrales, pajares... Lo habían invadido todo y los vecinos estaban amedrentados. Nunca se había visto una cosa igual y tan dañina. La plaga era de tal magnitud, que hasta los gatos huyeron del lugar.

Un día, en el ayuntamiento, se reunieron las autoridades para buscar una solución.

- Hay que acabar con esta plaga como sea. ¿Se le ocurre a alguien, algún remedio?, preguntó el alcalde.

- Una vez ocurrió algo así en otro lugar, comentó alguien. Creo que llamaron a un flautista, este tocó la flauta, a las ratas les gustó la música, se fueron todas tras él y se las llevó a un río donde se ahogaron. Así acabaron con ellas. El río lo tenemos, ya que El Huebra está cerca. ¿Y si encontrásemos a alguien, que se las llevara?

- Eso es un cuento de niños, coño. Exclamó uno, enfadado.

- Oye, yo he dicho lo que se me ha ocurrido. Si alguien tiene otra idea mejor, que la diga. Porque echar veneno por todo el pueblo, no es bueno para los vecinos.

Estuvieron pensando, todos, un buen rato. Creo que incluso les dolía la cabeza pues no estaban acostumbrados a pensar tanto. Por fin, el alcalde, harto de no escuchar propuestas, dijo:

- Tampoco perdemos nada por probar lo de la música. ¿Pero a quien llamamos? ¿Conocéis a algún flautista?

- A una flautista, no; pero sé de un tamborilero de Barrueco que podría servirnos. Es cabrero y tiene las cabras en “Las Arribes”. Lo conozco bastante y le he oído tocar muchas veces.

- No se hable más, dijo el alcalde. Mañana mismo habla con él. Le dices que le damos un duro si da un pasacalles por el pueblo y es capaz de librarnos de esta plaga.

- No se preocupe señor alcalde; mañana, a primera hora, voy a “Las Arribes”. Paso El Huebra, hablo con él, y me lo traigo para que dé el pasacalles. Si hay suerte, a mediodía se habrá llevado las ratas al río, se habrán ahogado todas, y nos habremos librado de ellas.

- ¡Dios te oiga!, respondieron todos un tanto escépticos.

Los deseos de los paisanos se cumplieron "casi" en su totalidad. Llegó el tamborilero a Bermellar y comenzó a tocar la gaita y el tamboril en el extremo Este del pueblo, en la carretera que viene desde “El Resbala”. Lo hizo con tanto ímpetu que las ratas desaparecieron. Ese era el fin perseguido; aunque, hay que aclarar que no se le acercaron y le siguieron hasta El Huebra, que era lo previsto. Lo que ocurrió es que huyeron despavoridas, en dirección contraria, hacia el Oeste, hacia San Leonardo, como almas que lleva el diablo. Allí se asentaron y acabaron con el mencionado pueblo (ese fue el verdadero motivo de su desaparición).

Los de Bermellar se vieron libres de roedores y, durante años, no volvieron a ver rata alguna por el pueblo, pues éstas no olvidaron, en mucho tiempo, el concierto del tamborilero.

Según comentan, cuando éste pidió su salario, el alcalde se resistían a pagarle. Ponía como excusa que el trato consistía en que las ratas debían seguirle hasta El Huebra, para que se ahogaran allí y, evidentemente, esto no había ocurrido así. Claro que el tamborilero era avisado y amenazó:

- Mire usted, o me paga, o me llevo hasta San Leonardo, me pongo a tocar el tamboril por el lado de Hinojosa, y ya veremos hacia donde corren las ratas.

Inmediatamente recibió su salario y muy contento se volvió a Las Arribes, con sus cabras, con la satisfacción del deber cumplido.



Restos de la iglesia de San Leonardo. Hinojosa